

GABRIEL SALAZAR

LA HISTORIA
DESDE ABAJO
Y DESDE DENTRO

Colección Teoría

DEPARTAMENTO DE TEORÍA DE LAS ARTES
FACULTAD DE ARTES
UNIVERSIDAD DE CHILE

Cuarta Sesión

La historiografía marxista (clásica) en Chile. Expositor: Gabriel Salazar (en sustitución de María E. Horvitz)

Proponer a un Seminario la discusión de la 'historiografía marxista chilena', en un momento en que vivimos, aquí, una triunfante dictadura *capitalista-liberal*, y afuera, lo que los mismos intelectuales chilenos de Izquierda llamaron en Chantilly "la crisis del marxismo", puede parecer, o un inoportunismo, o un anacronismo. O un motivo para preguntar, junto con A. Kallinicos: "¿hay algún futuro para el marxismo teórico?". Y por esto mismo, tal vez no tiene mucho sentido recordar hoy a los historiadores marxistas "clásicos" (Marcelo Segall, Julio César Jobet, Hernán Ramírez y Luis Vitale, entre otros) para rendirles una suerte de homenaje 'póstumo', o discernir el lugar preciso que ocupan en el parnaso de historiadores del siglo XX (rescatándolos del olvido en que han querido sumirlo algunos colegas que, recientemente, han escrito sobre la Historiografía Chilena) o, en tanto marxistas, sepultarlos piadosamente bajo la lápida del materialismo histórico 'primitivo'. Lo que sí parece tener sentido es recordarlos en *función* de un balance historiográfico riguroso que apunte a poner los fundamentos epistemológicos y teóricos —ajustados además a los requerimientos del tiempo histórico actual— de una 'nueva historia'. En Chantilly, los científicos sociales y la militancia de Izquierda realizó un balance crítico de lo que fue en Chile la *política marxista*. No comentaremos aquí las conclusiones de ese evento, pero sí señalar la necesidad de realizar un balance crítico de lo que fue la producción historiográfica que *acompañó las luchas políticas del movimiento popular* entre 1957 y 1985. Hablar de la historiografía marxista chilena

no puede consistir en otra cosa que evaluar su relación con ese movimiento popular.

En todo caso, tampoco se puede eludir el problema de la llamada crisis del marxismo contemporáneo, en tanto ésta afecta de varios modos al enfoque epistemológico y a las opciones metodológicas que han tipificado el materialismo histórico chileno. Cabe hacer un breve resumen de esta crisis, por tanto. Según varios autores, la crisis (teórica) del marxismo se gestó lentamente, pero devino en un acontecimiento público en el Seminario Internacional realizado en Venecia entre el 11 y el 13 de noviembre de 1977. Allí, intelectuales de la talla de L. Althusser, R. Debray, R. Rossanda y P. Sweezy, entre otros, *concordaron* en que el marxismo había desembocado para entonces en una grave crisis teórica, casi irreversible. La crisis —se dijo— estalló en tres niveles: a) en el plano de las prácticas políticas, donde se observó una diferenciación radical entre las distintas corrientes; b) en el plano del “socialismo real”, que no podía ser ni explicado ni justificado en términos marxistas, y c) en el cuerpo clásico de la teoría marxista, donde se habían detectado déficits significativos. Paul Sweezy concluyó que “el resultado es que el marxismo está en crisis al día de hoy, y sólo puede remontar esa crisis reconociéndola”. Althusser, por su parte, cerró el Seminario diciendo: “el marxismo ya no es más —como dijo Lenin— ‘un bloque de acero’...”. De hecho, el quiebre teórico más profundo se dio entre la escuela francesa (dominada a la sazón por la filosofía estructuralista de Althusser) y la escuela inglesa (centrada en el historicismo de E. P. Thompson, P. Anderson, E. Hobsbawm, etc.); la primera, cercana a la herencia de Stalin (el “socialismo real”), y la segunda centrada en una alternativa teórica con poca práctica política aun. Sin considerar aquí la tercera posición, esencialmente pragmática, asumida por el marxismo político italiano. El *divortium acquarum* lo constituyó, sin duda, la filosofía estructuralista

francesa, que había recibido, antes del Seminario y recibió durante el mismo, una crítica masiva y letal de parte de E.P.Thompson, B.Hindess, P.Hirst, A.Callinicos, G.McLennan y el propio P.Sweezy (antes y después de Venecia), sobre todo, porque esa filosofía desechaba no sólo la estratégica categoría de la “historicidad”, sino también la de “sujeto social”. Como se sabe, dos años después del Seminario de Venecia, se suicidó N.Poulantzas, y al año siguiente estalló la locura semi-homicida de L.Althusser. Por eso, hacia 1980 o 1982, la conciencia de la crisis se habían instalado profundamente entre los marxistas europeos, razón por la cual el grueso de la reflexión crítica y científica tomó un rumbo que podría llamarse ‘de búsqueda’, proceso en el que se perfilaron con cierta nitidez la filosofía ‘anarco-nietzscheana’ de M.Foucault (que reconocía vagamente su origen marxista), la historia social inglesa (con E.P.Thompson a la cabeza), el nuevo “materialismo dialéctico” aplicado a la historia por Hindess & Hirst, y la emergente ‘escuela comprensiva’ de Frankfurt (encabezada por J.Habermas). No hay duda que estas corrientes emergentes abrieron líneas nuevas de investigación y reflexión, no coincidentes con los postulados del marxismo dogmático —razón por la que se las reunió bajo el término genérico de “post-marxismo”— pero tampoco coincidentes las unas con las otras (aunque la mayoría concurrió a criticar el “imperialismo filosófico” que, desde Francia, intentó e intenta aun monopolizar la herencia marxista). Ante esto, varios autores, como A.Callinicos y G.McLennan, creen que es necesario extirpar las “obsesiones filosóficas” tanto como las “obsesiones economicistas” (los “imperialismos” que florecieron dentro del marxismo), para quedarse con un “marxismo mínimo”, que no podía ser otro que el mismísimo *método dialéctico* utilizado por K.Marx.

La búsqueda del marxismo mínimo y del método dialéctico de investigación ha producido un movimiento general

tendiente a estudiar los procesos y movimientos *históricos reales* (económicos, sociales, culturales, orales, feministas, anti-nucleares, etc.) y a la renovación metodológica, a efecto de trabajar en conexión con esos procesos y movimientos. Según H.Fleischer, esta tendencia gira en torno a varias categorías que fueron centrales en el pensamiento de Marx: la que se refiere a los procesos sociales de “humanización del hombre”; la que se refiere a los procesos estructurales de la historia, y la que se refiere a la “praxis social” o política (que lleva a transformar la realidad). En conjunto, es claro que el marxismo teórico, luego de su crisis (proclamada en 1977), tendió a depurarse de los componentes estructurales y estalinistas de la teoría, y a entender la historia como “autoexpansión del hombre y su conciencia” (Fleischer).

En cuanto al marxismo teórico chileno, cabe decir que no se reduce, sin duda, a los historiadores “clásicos” ya citados. Si pudiera establecerse una periodificación del marxismo chileno, habría que distinguir, al menos, cuatro etapas: a) la de recepción pasiva de los postulados *políticos* del marxismo internacional, entre 1920 y 1949, aproximadamente; b) la del surgimiento de una historiografía marxista chilena *ceñida* a los postulados del marxismo internacional, a partir del “Ensayo” de Julio César Jobet y cerrado por la “Interpretación marxista de la Historia de Chile”, de Luis Vitale, entre 1949 y 1972; c) la etapa abierta por la aparición de una *ciencia social marxista* (“sociología del desarrollo y teoría de la dependencia”), que trabajó más con la categoría ‘estructura’ que con la categoría ‘proceso’, la cual siguió de cerca los postulados filosóficos de L.Althusser, y d) la que estamos viviendo actualmente, definida por diversos procesos de búsqueda y dispersión (domina, a veces, Gramsci, otras veces la tradición clásica, otras veces el pragmatismo político de Lenin, etc.). De aceptarse esta periodificación, se desprende que el ‘balance’ no puede agotarse en el análisis crítico de lo hecho

por los historiadores de la segunda etapa. Deberíamos incluir lo hecho o no hecho en las cuatro etapas (ejercicio, en todo caso, que no me corresponde hacer ahora).

Si nos atenemos hoy sólo a la segunda etapa, cabe decir que la producción intelectual de los historiadores marxistas chilenos constituyó: a) una historiografía *crítica*, alternativa a la “erudita” (Jobet) o conservadora; b) una variante científica *nacional* del marxismo internacional (aplicaron ‘demostrativamente’, sobre todo, las ideas matrices del “Manifiesto” de Marx y del “Imperialismo”, de Lenin), y c) echaron las bases para el inicio de una *educación popular* orientada a transformar la sociedad. Con todo, fue una historiografía que tendió a concentrar su análisis en el período 1810-1891 (en cuanto a la lucha de clases), y en el período 1870-1960 (en cuanto al problema del imperialismo), descuidando el estudio del Estado, del proceso de industrialización, del movimiento campesino, mapuche, de la mujer, de los grupos medios, entre otros. Estos déficits, por paradoja, eran *los mismos* de la historiografía conservadora. En cuanto a la producción historiográfica propiamente tal de estos autores, ella revela, de una parte, una insuficiencia general de la base empírica de apoyo (salvo algunas excepciones), al mismo tiempo que una débil asimilación del método dialéctico y de la propuesta teórica más fina del marxismo. Dominó el economicismo simple y la lucha de clases en su forma más cruda. “Transportaron el esquema marxista clásico, derivado de la historia europea occidental —escribió Simon Collier— al siglo XIX chileno... (produciendo) versiones marxistas crudas y simplistas”. Las consignas de tinte ideológico tiñeron de modo notorio muchas de sus páginas, razón por la cual los “ensayos históricos” escritos por los científicos sociales de filiación cepaliana (Aníbal Pinto, Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, entre otros) tuvieron mucha más aceptación entre los estudiantes y la militancia política de los años

60, en la medida que sus bases metodológicas y teóricas parecían más formales, consistentes y *reflejaban mejor*, tanto la coyuntura del presente, como la disposición política de las nuevas generaciones. En otro plano, el impacto de la historiografía marxista en la formación política del movimiento obrero fue, también, escaso, en la medida en que no innovó respecto a lo planteado por los dirigentes de los partidos políticos de la Izquierda Parlamentaria. La aceptación de las directivas políticas tornaba *innecesaria* la lectura y estudio de la historiografía marxista.

Dada esta situación, se puede pensar que la posibilidad de restaurar y restablecer una historiografía marxista “cruda y simplista” (S. Collier) es remota. Por su propia crudeza y por su propio simplismo, y por el hecho de que, hoy, domina la idea de que las formas puramente teóricas y dogmáticas del marxismo están siendo sobrepasadas por las prácticas dialécticas de investigación a fondo de los procesos reales, por la relevancia que adquiere en esto la metodología como tal y, sobre todo, por la necesidad de que no sólo los intelectuales profesionales y los políticos de profesión construyan la ciencia de la acción popular y del movimiento social que transforme la realidad, sino *todos* los que sienten que esto último es imperativo y necesario. Es lo que sugiere la suma dialéctica de los diversos post-marxismos: la variante histórico-social, la del marxismo mínimo, la del marxismo comprensivo, el marxismo como método, etc.

Los nuevos ‘marxismos’ coinciden en no tener una “gran teoría” que esté por sobre las búsquedas de todos. Enhora-buena. Esto determina que la investigación colectiva y permanente de la realidad propia y global queda a la orden del día, siempre y cuando haya una apertura hacia el lado y hacia abajo; esto es: que *todos* (incluyendo el propio pueblo) seamos investigadores y, a la vez, actores y sujetos de la historia. Para nosotros, tal vez, tiene más sentido empaparnos de nues-

tra propia realidad y nuestra propia identidad, que leer y releer a los autores clásicos, y acumular fuerza social, cultural e histórica más bien que tratar de identificarnos con vagas totalidades o estructuras 'objetivas'.

Discusión

Tomás Moulian interviene diciendo que la exposición que escuchó "se me atragantó", porque el marxismo ha vivido en "crisis permanente". Que, en todo caso, la actual crisis es específica, distinta. Pero que no ha sido la única. Recuerda la de 1921, en tiempos de Lenin, Rosa Luxemburgo y Gramsci. Lo que ocurre es que hay continuos "cambios de paradigma", y hoy se ha llegado a plantear la "inutilidad del marxismo". Con todo, lo que cabe preguntarse es cuál, concretamente, es la metodología de una historiografía propiamente marxista: ¿la que Marx usó en su "18 Brumario", por ejemplo, o la usada por historiadores como Vilar o Sobul en sus trabajos recientes?. ¿Existe, acaso 'una' metodología, como forma pura? Los marxistas chilenos están "situados en otra época y tenían el marxismo que podían". Son muy diferentes a los clásicos. Tuvieron que luchar contra un fuerte pensamiento político de Derecha y de Centro, que eran dominantes. Y en este sentido, su aporte consistió en relevar lo económico-social frente a lo político. Habría que agregar otros esfuerzos en este sentido: el aporte de Carmen Castillo y A.Mattelart, por ejemplo. Cree que el marxismo tiene, aun, cierta vigencia. "Me gusta la idea de un marxismo mínimo, porque da sensibilidad frente a los problemas históricos y aporta a la constitución de un (nuevo) proyecto histórico". Rosaria Stabili dice que concuerda con Moulian, en el sentido que "las crisis reafirman la teoría marxiana", pues el cotejo entre la teoría y la praxis produce un fortalecimiento de ambos. Cree que hay que distinguir entre la producción propiamente 'marxiana'

(de Marx) y la que es propiamente 'marxista' (de sus seguidores). Concuere da con la idea de McLennan sobre el marxismo mínimo y sobre la posibilidad de discutir el feminismo en la línea del marxismo. Cree, en todo caso, que "es necesario reformular el marxismo en función de lo que está pasando". Isabel Torres concuerda en lo mismo, afirmando que "la crisis no envuelve negación, sino reorientación". Que es cierto, en todo caso, que la obsesión economicista hizo desaparecer al sujeto social e histórico. El marxismo, obsoleto o no, no es en ningún caso la Biblia, pero está allí, frente a la realidad. Y "hay muchos historiadores que no se declaran marxistas pero que, frente a esa realidad, usan categorías marxistas". Alfredo Riquelme sostiene que "el marxismo nunca ha sido un bloque de acero". Entre las corrientes actuales que distingue Fleischer, quedarse con una de ellas sería, por lo mismo, peligroso. El marxismo no debe ser endógamo y vivir de sí mismo: debe proyectarse hacia fuera, y permanecer allí en los términos que planteó Moulian: como "una sensibilidad frente a los problemas históricos". En todo caso, no puede negarse que estamos viviendo una crisis general. Sol Serrano tercia en el debate diciendo que ella no ve mayores diferencias entre lo dicho por el expositor y lo dicho por Tomas Moulian, pues todos concuerdan en la existencia de "un mínimo" en torno al cual se puede seguir trabajando. Por su parte, Pedro Milos interviene para decir que, sobre el problema estrictamente teórico del marxismo "yo no tengo opinión". Lo importante es centrar la discusión en la realidad que se vive y en la práctica histórica frente a esa realidad, pues discutir lo teórico desde lo teórico es improductivo. "La aproximación a la teoría debería hacerse desde nuestra práctica como historiadores y como entes políticos". María Angélica Illanes dice que ella está, al mismo tiempo, en acuerdo y desacuerdo con lo dicho por el expositor. Que es un hecho que el paradigma marxista cambia y se transforma, pero que, tras esos cambios queda un acumulado teórico y, sobre todo, una "sensibilidad marxis-

ta". Pero ¿qué es esto? ¿Un resto de teoría y un resto de método? ¿Una percepción vaga? Lo importante es considerar el quehacer historiográfico en tanto práctica científica, pues esto es lo que está en cuestión. Y como quiera que sea la situación del marxismo, el hecho es que *se sigue haciendo historia e historiografía*. José Bengoa se pregunta si una historiografía marxista debe definirse entre aceptar el sensibilismo remanente del marxismo o el sistema estructural de relaciones de producción, o entre los procesos sociales a nivel de sujeto e individuo y las leyes históricas de los modos de producción. La llamada crisis del marxismo ¿consiste en su fluctuar permanente entre esos dos polos? Y el marxismo en sí, como cuerpo teórico ¿se reduce al juego de esa disyuntiva? Vicente Espinoza retoma este problema diciendo que la historiografía marxista puede tener pleno sentido, o ninguno, en el día de hoy, pero lo importante es que el marxismo tiene sentido en tanto "teoría de la revolución y la liberación". El análisis académico puede tematizarse en una dirección u otra, orientarse hacia el rol de los sujetos o hacia los modos de producción. Aparentemente, hoy domina la "obsesión por lo subjetivo". Está bien. Pero la cuestión marxista de fondo es: ¿tiene sentido la revolución hoy en Chile? Y de tenerlo ¿cómo se aprehende la realidad para acomodar la conciencia política en ese sentido? ¿Cómo incorporamos en el análisis, por ejemplo, a los sectores populares? El Coordinador interviene para decir que el colofón principal de su exposición apuntaba al hecho de que en Chile, hoy, el "marxismo mínimo", o la inquietud científico social que acá realmente exista, debería orientarse hacia la construcción o reconstrucción del 'proyecto histórico popular', en el sentido sugerido por Vicente Espinoza. Es necesario recuperar la idea de cómo debería reorientarse el movimiento popular. Tomás Moulian dice que concuerda con las conclusiones del expositor, y señala que "la mera sensibilidad marxista no basta para realizar la liberación, pues se trata, en el fondo, de una sensibilidad populista". Se requiera

esencialmente de la fuerza y decisión que proviene de la propia lucha de clases. O sea: es preciso trabajar con una “lógica de necesidad”, que es la que rige esa lucha. Sin esa lógica, que en el fondo es la de la liberación, el marxismo y el mismo proceso quedan reducidos a la nada, o a muy poco. Si el “marxismo mínimo” se desentiende de esa lógica de necesidad, se convierte en un marxismo inocuo. José Bengoa toma la palabra para decir que él se opone a la idea de que el marxismo se identifique con esa lógica de necesidad. El marxismo “no tiene el monopolio de los procesos de liberación”. La lógica que rige estos procesos admite otras perspectivas también.

Se acuerda continuar y profundizar la discusión de estos temas.

Quinta Sesión

Historiografía marxista y teoría de la dependencia.

Expositores: María Eugenia Horvitz
y Enzo Faletto

María Eugenia Horvitz: Los historiadores marxistas citados (llamados aquí “clásicos”) no eran ni propia ni intencionalmente marxistas. Pues ¿qué significaba en los años '50 ser marxista? Dominaba en el pensamiento histórico la escuela de Barros Arana, basada en “fotografías de la realidad y en la evolución de la idea de nación-estado”. Hernán Ramírez y los otros rompieron con esa escuela historiográfica, y así como ellos, muchos otros lo hicieron, como, por ejemplo, Mario Góngora. Tanto Ramírez como Góngora fueron “rupturistas”, sólo que con temáticas distintas y distintas posiciones frente a la vida real. Construyeron “objetos teóricos” nuevos que, para el caso de Ramírez, fue el gran tema del

“imperialismo”, que era un tema políticamente cargado, mientras los de Góngora eran temas políticamente neutros. Sus métodos, sin embargo, eran más bien “tradicionales”, en ambos casos. Por la misma época, la Economía y la Sociología alcanzan estatuto académico en las Universidades, a la par con la Historia, y, al mismo tiempo, una orientación marxista. Fueron las Ciencias Sociales las que rompieron más directamente con el paradigma científico tradicional en Chile. “Fueron los teóricos de la dependencia los marxistas clásicos, los que creen que el capitalismo existía en Chile desde el Descubrimiento”. Se ha producido una evidente ruptura con el positivismo tradicional, y hoy predomina la tendencia a “construir un objeto teórico”, como señalara P.Vilar. Se abren muchas posibilidades, a pesar de que con Gonzalo Vial estamos ante una nueva arremetida de métodos tradicionales sobre temas tradicionales. Creo que la juventud es también rupturista, aunque tiende a concentrarse en el problema de “los orígenes”. Pero es necesario estudiar los “modos de producción” y desarrollar la “historia comparada”, al modo en que lo está haciendo Marcello Carmagnani, para lo cual se requiere formar equipos interdisciplinarios. De modo que no creo que existan “marxistas clásicos” en Chile en el campo de la Historia.

Enzo Faletto: Más que una gran ‘teoría’, lo que se hizo fue plantear un conjunto de problemas de la realidad latinoamericana. En todo caso, esta ‘teoría’ surgió vinculada a las investigaciones de la CEPAL y, en general, fue un derivado de los planteamientos desarrollistas de la época. Los sociólogos y los economistas que trabajaron estos problemas manejaban “esquemas históricos” más bien que una formal historiografía del imperialismo. Pero se acuñaron términos nuevos. Y se habló de “dependencia” como alternativa al concepto “imperialismo = malo de la película”. A este respecto no se produjo mucho diálogo con los historiadores, pero sí se intentó aplicar una concepción de “proceso histórico”, que

era la única categoría de análisis capaz de dar cuenta de “las singularidades del desarrollo capitalista en América Latina”. Eso permitió conocer las estructuras políticas, económicas y sociales de nuestro continente, y concluir de allí que “nuestras capacidades de decisión eran limitadas”. En este sentido, se procuró determinar el grado de autonomía de las burguesías latinoamericanas; si existía o no una “burguesía autónoma”, y si era posible un efectivo “desarrollo nacional”. Por este camino se comprobó el estancamiento del crecimiento económico y quedó en evidencia “la marginalización creciente de amplios sectores urbanos y rurales”. El estudio de estos procesos derivados llevó a la necesidad de “totalizar el análisis”, pero en el sentido de entender el capitalismo como un proceso histórico y no como una modalidad puramente estructural y estática. Aquí se entendió “lo histórico” como la comprensión del *conjunto de posibilidades que se abren a partir de una situación presente*, donde se dan determinadas “relaciones de poder”. Era importante, entonces, detectar cuáles eran los *agentes sociales* con capacidad para construir y/o ejercer poder. Los sociólogos y economistas “desarrollistas” (o sea: los que no eran “dependentistas”) se concentraron sólo en las “condiciones estructurales para las opciones de desarrollo”, sin apuntar a detectar y establecer el rol de los agentes sociales del desarrollo. Los desarrollistas eran neutrales respecto a este punto. Y el problema es que centrar el análisis en esos agentes y examinar cuáles son sus opciones equivale a considerar centralmente el problema político. *La historia, en tanto mirada desde esos agentes*, “es política”. Nosotros —los dependentistas— enfatizamos en nuestros análisis el papel histórico de esos agentes, “pero no rematamos todo esto con una propuesta política diferenciada”. Creíamos que el poder potencial de los agentes sociales “dominados” se debía expandir si la estructura de dominación (o sea: la dependencia) tendía a resquebrajarse por sí misma, y sólo en ese momento era posible entrar en acción “para transformarla”. Pero al concen-

trarnos más “en la reproducción sistémica de la dependencia, esa ruptura o resquebrajamiento no nos aparecía”. ¿Cómo encajar allí, entonces, “lo popular”? ¿Podía lo popular por sí mismo “generar las condiciones y las alternativas?”. Desde 1973 o 1974 se abandonó el tema, y entró el problema del “autoritarismo” —en la estela del famoso estudio de O’Donell— y el del “capital financiero”, tanto en el mercado externo como en el interno. En la nueva situación ¿cuáles son las “opciones históricas”? Nosotros enfatizamos mucho lo económico, en desmedro de otras dimensiones (la política en sí, por ejemplo). Es preciso reexaminar el rol y las posibilidades de los grupos y las relaciones sociales específicas de América Latina, ahora en relación a la nueva situación de los mercados.

Discusión

Angélica Illanes pregunta acerca del papel jugado por Hernán Ramírez en la difusión del concepto de “imperialismo negro” (o “malo de la película”), y si los teóricos de la dependencia, al no presentar una propuesta política que coronara sus análisis, habían dejado campo libre para el accionar de los partidos políticos. María Eugenia Horvitz dice que Hernán Ramírez examinó las relaciones entre la clase dominante chilena y el imperialismo inglés, *sin referirse al problema en sí del imperialismo*. En este sentido, se atuvo a la teoría de Lenin. En cuanto al Partido Comunista, se identificó relativamente más con la teoría desarrollista que con la de la dependencia, “en su esfuerzo por afirmar la identidad nacional”. Enzo Faletto señala que ellos, de una parte, se esforzaron por diferenciarse críticamente de la teoría desarrollista, no poniendo énfasis en la idea del “atraso económico”, sino en el “modo en que se dieron las relaciones económicas externas e internas del capitalismo latinoamericano, según el modelo histórico de las relaciones entre Lima y Buenos Aires durante el perío-

do colonial". No nos concentramos sólo en el "yanaconaje interno" (o sea: en la pura explotación de la fuerza de trabajo). Pero, considerando la complejidad de esas relaciones, nuestras propuestas anti-dependentistas resultaron ser inevitablemente "voluntaristas". María Rosaria Stabili reconoce que las exposiciones de esta sesión y la de la semana anterior habían sido densas y sobre-estimulantes. Agrega que los desarrollistas, en general, sí formularon propuestas políticas específicas, acaso porque tenían a mano el modelo inglés o el norteamericano. Sin embargo, cree que, pese a la riqueza de su análisis histórico, los teóricos de la dependencia no trabajaron en profundidad algunas categorías importantes, como la "burguesía nacional", por ejemplo. Considera que la discusión sobre la historia de la Historiografía debe centrarse en el contexto epocal en el que se dieron los distintos desarrollos, pero también "se deben recoger sus límites para determinar cómo se puede seguir adelante". José Bengoa anuncia que, para él, "la teoría de la dependencia, lo mismo que la Unidad Popular, ha muerto". Este marco teórico, hoy, "me suena como ajeno". De hecho, hoy por hoy, Pinochet "nubla" por sí solo todo el fenómeno de la dependencia y del imperialismo. El imperialismo se ha probado a sí mismo; está claro todo respecto a él. ¿Qué más? Enzo Faletto, en relación a esto, señala que son las situaciones históricas las que definen la relevancia de "ciertos temas" y que, de hecho, "los temas se constituyen socialmente". En el pasado, por ejemplo, se buscó la "integración nacional", para objetivos de desarrollo. Hoy se busca algo distinto: "la identidad de los movimientos sociales y su posible proyección e incidencia sobre los procesos". Mario Garcés previene contra la posibilidad de reincidir "en el voluntarismo político". Enzo Faletto acota que, debido a la crisis actual, las "masas populares están allí, como disponibles". ¿Qué hacer con ellas? Por de pronto, lo que se está haciendo es estudiar la nueva situación histórica de esos grupos, para medir sus capacidades actuales y reales de acción. Lo que está bien, lo

importante ahora es no incurrir en una eventual “idealización” de los mismos.

Se consideró que las dos últimas sesiones habían sido densas y sobre-estimulantes, y que se requería de otra sesión adicional para concluir la discusión.

Séptima Sesión

Historiografía marxista y teoría de la dependencia (II)

Expositor: no hubo, el Coordinador hizo un balance de las sesiones anteriores

Balance: Respecto de los historiadores marxistas “clásicos” (Jobet, Segall, Ramírez y Vitale) cabe hacer las siguientes consideraciones: a) se les puede llamar así porque, viniendo de la fase de mera “recepción doctrinaria” (años 20 y 30) fueron los primeros que, sin romper con ese legado, intentaron hacer “ciencia de Izquierda” en Chile; b) utilizaron *militantemente* el marxismo clásico de Marx, Lenin, Totsky, etc., lo que se reflejó ostensiblemente en sus escritos; c) *rompieron* con la tradición historiográfica erudito-conservadora, y d) temporalmente, *precedieron* la aparición de los cientistas sociales llamados “neomarxistas” (teoría de la dependencia) y de los “marxismos mínimos” de la fase crítica actual. Su aporte fue, sin duda, relevante, pero no se puede negar que, 30 años después, su proyecto historiográfico y teórico ha sido fuertemente criticado, sobre todo por su ostensible militancia ideológica (que torna muy difícil no entenderlos como “marxistas”). Su proyecto, por esto, ha perdido vigencia académica e incluso política, excepto algunos estudios científicamente mejor logrados (libro de Ramírez sobre el capital inglés y la “revolución de Balmaceda”, por ejemplo). Su pérdida de

iedad de un “marxismo mínimo”, que está al final de los problemas y al principio de ‘otro’ intento de solución. No está claro, sin embargo, en qué consiste ese mínimo. Para algunos es el método dialéctico en sí. Para otros es un nuevo tipo de materialismo dialéctico, de carácter filosófico. Para otros consiste en establecer y consolidar la historiografía social y popular. Y aquí, en este Seminario, se ha planteado que sobrevive una “sensibilidad marxista” que, al parecer, consiste en sentir, percibir y conceptualizar los procesos sociales e históricos de la realidad, que, en sí misma, evoluciona *como si fuera dialéctica o marxista*. La percepción de las brutalidades perpetradas por el Capitán General no pueden ser sino de ‘sensibilidad marxista’, por ejemplo. Es en esta dirección a donde apuntan las propuestas de Tomás Moulian (de “sensibilizarnos frente a la historia”); de Pedro Milos, en cuanto a teorizar a partir de nuestra “práctica histórica”, y de Enzo Faletto, respecto a la necesidad de analizar y desarrollar las opciones históricas y de poder que *conlleva hoy* el movimiento popular. Esto, en síntesis.

Discusión: Eduardo Devés sostiene que los historiadores “clásicos” florecieron en un período corto (1948-1956) y que, efectivamente, no se puede negar su “militancia marxista”. Además, vistos en perspectiva, “fue insuficiente lo que hicieron”. Sin duda, los teóricos de la dependencia intentaron “reemplazar la historiografía marxista”, con un enfoque y una temática muy distintas. Pero no lograron superarla, porque no fueron exactamente “científicos, sino metafísicos”, y con una perspectiva casi teleológica. Sus tesis centrales fueron, definitivamente, “ahistóricas”. Para Enzo Faletto, los historiadores marxistas crecieron escuchando “los debates de los estudiantes de los años ’20, y su sensibilidad se formó no leyendo propiamente a Marx, sino las novelas criollistas de denuncia social”, razón por la cual, sobre todo en el caso de Jobet, hicieron gala de un “humanismo socialista”. *Nadie se*

hacia socialista leyendo a Marx, sino las novelas criollistas. De aquí que estos historiadores entendieron la sociedad conforme una división simple: “oligarquía versus el pueblo”, de donde se derivó una especie de “mecanicismo marxista” de tinte positivista. La dominación conducía a la “alienación o degradación” del pueblo, y la percepción de ésta es lo que encendía los sentimientos “progresistas del movimiento intelectual de entonces”. Estas fueron, de algún modo, las raíces culturales de estos historiadores. Eduardo Valenzuela replica diciendo que la “historiografía socialista surgió como *reacción ante la frustración del Frente Popular, como un intento de recuperar un marxismo ortodoxo.* Por eso nació a fines de los años '40 y no en los '20. Aunque los historiadores conocieron la cultura criollista que venía de la tradición chilena, ellos “recibieron el marxismo de modo directo y por vía ortodoxa”. *No desarrollaron la tradición cultural criolla, y esto explica su rápida transformación en marxismo vulgar.* Eduardo Devés responde diciendo que, cuando menos J.C.Jobet, reconoció la influencia que Valdés Canje, Nicolás Palacios y Pinochet Le Brun tuvieron en su obra (lo cual configuraban parte de la “tradición”). Enzo Faletto acota que, en esa época (los años '40, sobre todo) era difícil “*reelaborar el marxismo que se recibía*”, por traer, precisamente, un evidente sello ortodoxo. José Bengoa interviene para preguntarse por qué estos historiadores hicieron primar en sus escritos el enfoque político y por qué se concentraron en el estudio de la revolución de 1891. Enzo Faletto responde que, en rigor, el análisis de la revolución del '91 significó pasar del enfoque esencialmente político a un enfoque de tipo socio-económico, paso que ya habían dado hacia 1910 tanto Valdés Canje (hacia lo social) y F.A.Encina (hacia lo económico-cultural). María Eugenia Horvitz insiste en que los historiadores llamados marxistas eran “poco marxistas” y que no entiende por qué se les llama “clásicos”. Para empezar, J.C.Jobet y H.Ramírez eran muy diferentes, porque ambos respondieron a influencias distintas

de su propio tiempo. No se les puede entender ni explicar sin referirlos a su propio tiempo. No cabe asumirlos “a-históricamente”. De algún modo, “somos todos militantes en nuestro tiempo”, y Marx no es una receta positivista que uno asume y aplica. Naturalmente, todos ellos conocían los escritos de Lenin, y en este sentido, estaban influidos por su época. Pero ellos luchaban, sobre todo, por *el progreso de Chile y la revolución popular*. “La obra de ellos se justifica por sí misma”. El Coordinador interviene para decir que, a su juicio, hay dos formas de examinar la obra de los historiadores marxistas: la primera, “comprendiéndola en función de la época y el contexto histórico específico en que ellos vivieron”, y la segunda, “evaluándola en función de comprendernos a nosotros mismos como historiadores en nuestro propio tiempo”. Agrega que el Seminario tenía como objetivo encaminarse en la segunda de esas formas. Isabel Torres interviene y dice que “si nos quedamos con la segunda búsqueda, se constata un *desencanto*, porque esos historiadores no dieron cuenta de lo que señalaban en la teoría”. Lo que ellos dijeron, por tanto, necesita de una crítica y una *reelaboración*. El proceso debe ser dinámico. María Rosaria Stabili dice que concuerda con lo dicho por el Coordinador y que son perfectamente válidas las preguntas del presente para reformular la visión del pasado. Que, en consecuencia, el marxismo debe ser entendido desde nuestro concreto quehacer historiográfico. Debemos aprender a conjugar el presente y el pasado sin caer en una fórmula determinista del uno sobre el otro. Un marxista no puede eludir ni escapar a esa conjugación. El asunto es *llegar a lo teórico desde problemáticas reales*, tales como la oligarquía o el feminismo (“son mis categorías favoritas”), por ejemplo. Y aquí cabe la pregunta: ¿en función de qué variables somos marxistas? Alfredo Riquelme se pregunta si tiene sentido oponer “el” marxismo con “los” marxismos. Que él sospecha de todo lo que se diga en función de “el” marxismo, por los distintos legados que existen, que se mueven como otros tantos

fantasmas. Por eso, “tiendo a reaccionar frente a la afirmación de María Eugenia, de que Ramírez no era marxista: ¿qué sentido tiene?”. Hoy no estamos buscando grandes marcos teóricos, sino *conceptos más bien instrumentales*, precisamente para lo que queremos construir. “Los jóvenes somos hoy más eclécticos y menos apasionados respecto a ciertas creencias”. Buscamos lo que es útil para realizar determinadas investigaciones particulares y monográficas. La verdad es que no me interesa el “lote de marxistas clásicos: la ortodoxia marxista no es la única ciencia histórica que hay”. Y los llamados neomarxistas tampoco superaron las limitaciones de la historiografía marxista clásica. Enzo Faletto concuerda con la idea de realizar un análisis crítico de esos historiadores, “porque nos metieron en muchos callejones sin salida”. Eran militantes y probaban tesis partidarias; entre otras, la relativa a una supuesta “burguesía capitalista” (cuando en rigor había sólo una “burguesía mercantil”). El tema central sigue siendo, sin duda, el problema del capitalismo en Chile y América Latina. Nosotros, para examinar esto “nos dábamos de cabezazos con Karl Marx”, que no nos entregaba elementos suficientes para descubrir la especificidad de ese capitalismo. En cambio, Max Weber o G.Lukacs nos entregaban más elementos que, en todo, caso, había que reelaborar. El trabajo por hacer es grande: incluye la crítica a la historiografía marxista clásica, la reelaboración de diversos legados del marxismo, pero, sobre todo, se necesita estudiar lo específicamente nuestro. Eduardo Devés se muestra reticente en realizar “un juicio histórico a los historiadores marxistas” hasta tanto no se tenga una comprensión profunda de su producción y su contexto histórico. María Eugenia Horvitz señala que, en realidad “nosotros estamos más atrasados que los historiadores marxistas”, porque aun no hemos realizado una verdadera reflexión teórica a partir de nuestra práctica científica. Y sin reflexión teórica no podemos hacer verdadera crítica. La propuesta de una teoría “como caja de herramientas conduce derecho al

positivismo". Y en este sentido, debemos probar la *validez teórica* de la categoría "modo de producción", por ejemplo. María Rosaria Stabili replica diciendo que en Italia, durante los años '60, se vivió una profunda crisis sindical y partidaria, y en ese momento "nos *jodía* la teoría marxista clásica, que estaba centrada en la idea de organización". Allí aprendimos que las categorías teóricas válidas son aquellas que se construyen desde la realidad histórica concreta.

Se acuerda cerrar la discusión sobre la historiografía marxista y examinar, en la próxima sesión, la historia demográfica y cuantitativa.

Séptima Sesión

La historiografía demográfica y cuantitativa Expositor: Rolando Mellafe

Sostiene que, hasta más o menos 1975, la "historia social" prácticamente no existía, porque, de un lado, "toda historia *es* social", y de otro, lo que podría ser historia social no era en los hechos sino la proyección temporal de las categorías *sociológicas* (como las "clases sociales", por ejemplo). De hecho, la producción existente hacia 1950 era, en este sentido, muy rudimentaria (trabajos de Bagú, Rosenblat, etc.). Pero hacia 1960 comenzaron a perfilarse algo así como "parcelas de historia social", y desde entonces las temáticas han cambiado, se han estructurado algunos problemas generales y definido ciertos intereses específicos. De este modo, algunas de esas "parcelas" (se pueden contabilizar siete u ocho de ellas) se desarrollaron acotando un campo propio y definiendo metodologías específicas, mientras otras tendían a desaparecer. Entre esas parcelas cabe citar: 1) la historia de la población y la demografía histórica; 2) la historia propiamente eco-